
UC-NRLF
$B 285 564

ELIJAH CLARENCE HILLS • 1867-1932



Elijah Clarence Hills was, from 1922 till his death, first a Professor of Spanish and then Professor of Romance Philology at the University of California. A native of Illinois, reared in Florida, he graduated from Cornell in 1892 and studied in Paris; he was successively professor in Rollins College, in Colorado College, librarian of the Hispanic Society of America, and head for romance languages at Indiana University. For his distinguished achievements in Spanish philology, he was made Knight Commander of the Royal Order of Queen Isabel.

In Professor Hills were combined vast and precise learning with extraordinary humanity. Though a grammarian and philologist, his teaching implied the great world. He had a talent for friendship: capable of the seclusions of the scholar and editor and born to an inviolable personal dignity, he possessed also an uncommon social charm which exercised itself in widening circles. His charity showed as kindliness, deference, tolerance, the sharing of the possessions his long labors had accumulated. He was a wise collector of books, and specialized in Spanish lexicons. Mrs. Hills presented to the University of California his collection of books, one of which is here inscribed to his memory.



ΒΘΠ
ΦΒΚ
THE CORNELL UNIVERSITY
AUDACES FORTUNA JUVAT
ELIJAH CLARENCE HILLS

DISCIPLINA Y REBELDÍA

LECTURA DADA EN LA RESIDENCIA DE ESTUDIANTES LA TARDE DEL 5 DE NOVIEMBRE DE 1915

POR

FEDERICO DE ONÍS



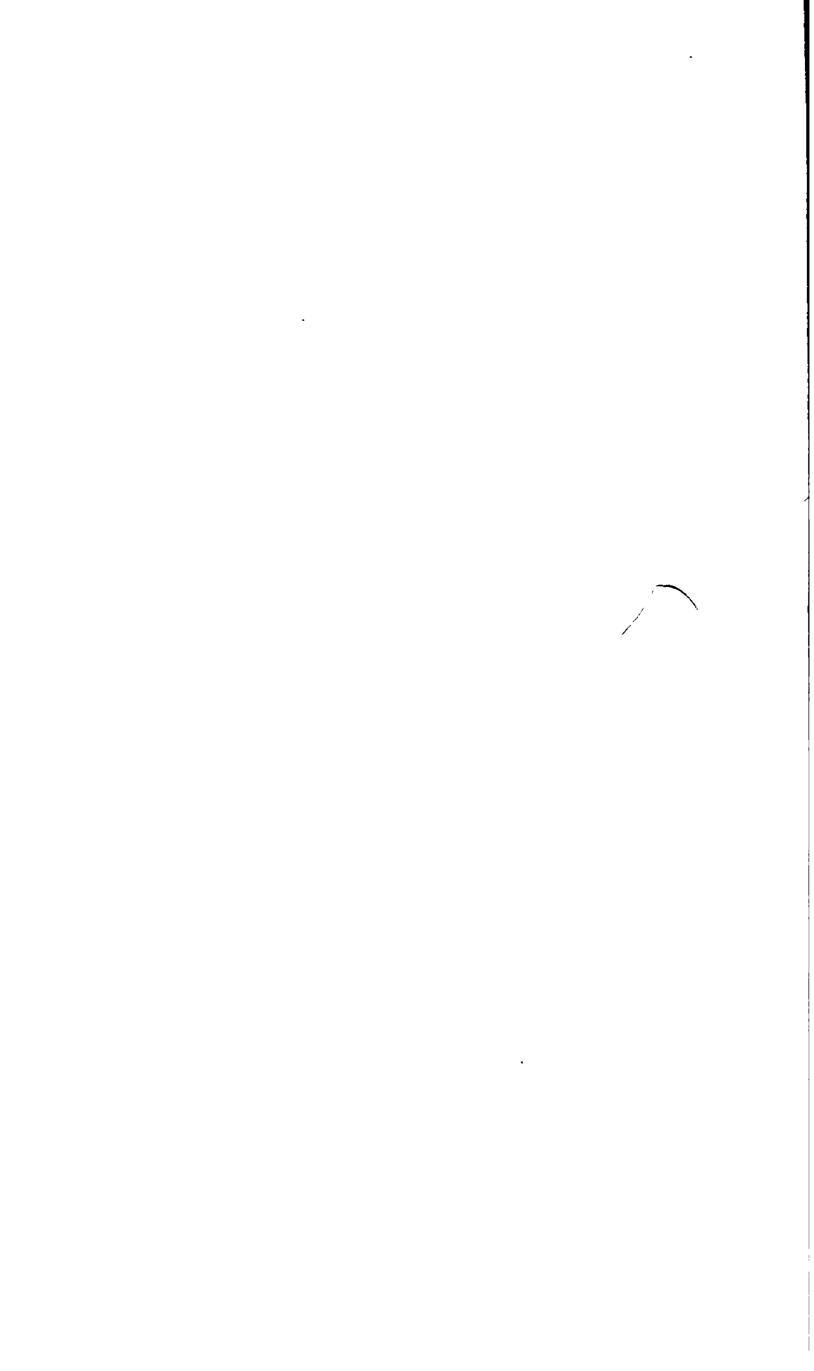
SEGUNDA EDICIÓN

PUBLICACIONES DE LA RESIDENCIA DE ESTUDIANTES

SERIE IV VOL.

A E. C. Hills
maestro de hispanismo,
con el afecto sincero de
Federico de Onís

DISCIPLINA
Y REBELDÍA



DISCIPLINA Y REBELDÍA

LECTURA DADA EN LA RESIDENCIA DE ESTUDIANTES LA TARDE DEL 5 DE NOVIEMBRE DE 1915

POR

FEDERICO DE ONÍS



SEGUNDA EDICIÓN

PUBLICACIONES DE LA RESIDENCIA DE ESTUDIANTES

SERIE IV.—VOL 6

MADRID

1915



Imp. Clásica Española, Cardenal Cisneros, 10. Madrid.

DISCIPLINA
Y REBELDÍA

INTRODUCCIÓN SENTIMENTAL

NO os extrañe, amigos míos, que esta tarde, al volver a reunirme con vosotros, no venga, como tantas otras veces, a hablaros de ciencia. Hoy me trae otro propósito, más difícil de llenar, pero más generoso en la intención; porque hoy quiero hablaros, no como profesor, sino como hombre, de mis ideas y sentimientos personales acerca de lo más íntimo de vosotros mismos, de vuestra humanidad juvenil. Y mis palabras no pueden ser reflejo de ciencia o de doctrina, porque yo no soy docto en estas cosas, si lo soy en alguna;

mis palabras no pueden ser más que confesión sincera del íntimo sentimiento de mi corazón.

Sólo es digno de llamarse maestro quien haya sido capaz de darnos, una vez siquiera, una lección de amor. Sólo de la mano de este hombre podemos aventurarnos en la helada ciudad de la luz pura, donde no se encienden hogares ni pasean muchachas bajo los pórticos, donde las cosas impasibles viven de sí mismas en eterna huída de su propio corazón, que, como el nuestro, está amasado por el amor y por la muerte.

Siempre recordaré la impresión que tuve, siendo muy niño, la primera vez que vi a mi maestro, el hombre terrible del puntero y de la gramática, sin este aparato mágico y fuera del escenario de la escuela, en su pobre y humana intimidad. Aquel hombre, que el día de su santo nos recibió en una casa modesta, donde una mujer, diligente y solícita, se alejaba cuan-

do sonaba el llorar de un niño, y cuando cesaba, tornaba a aparecer, serena y sonriente; aquel hombre, sentado en un sillón de cuero junto a una camilla, frente a una ventana clara, que se abría sobre las acacias de un jardín, y en cuyo alero picoteaba, enjaulada, una codorniz bravía; aquel hombre — mi maestro, sin duda—parecía otro hombre, ¡parecía un hombre! Al día siguiente, al volver a la escuela, allí estaba el maestro, como siempre, con el puntero y con la gramática; todo igual, como si lo del día antes no hubiera sido más que un sueño; pero aquella lección insólita de humanidad y de amor, que al hacernos poseedores de su secreto alejó del maestro el terror de lo incomprendido, tuvo virtud suficiente para justificar a nuestros ojos la sequedad de su enseñanza, y para que hoy, tantos años después, pueda ser recordada en toda la fragancia de su ingenuidad.

También más tarde tuve impresiones

semejantes, cada vez más complejas y profundas, al contacto con la humanidad viviente y paciente de algunos de mis maestros. Yo no sé por qué, esta emoción, sentida en momentos diversos, viene a mí siempre en el recuerdo, sencillo y dudoso, de una mañana de primavera—una y, sin duda, fué más de una—en que, como el sol empezaba a calentar de un modo nuevo y superfluo, y se sentía como una suspensión universal de las cosas atentas a la vibración misteriosa que en el fondo de sí mismas se iniciaba, algún profesor, como adivinando nuestro secreto anhelo, nos dijo al llegar: «Hoy no hay clase; hoy nos vamos a tomar el sol.» Y nos fuimos a tomar el sol: a la orilla del viejo río siempre nuevo, manso y silencioso, absorto contemplador de las cosas todas, trémulas en el temblor de la onda transparente al sentir ensancharse su fondo limitado y sombrío en otra realidad infinita toda luz. También nuestra alma aquella mañana se sen-

tía diáfana y sin fondo, penetrada por las cosas todas en un temblor de infinita ilusión, que se rizaba como una sonrisa en la faz de la tierra y en la frente del cielo. Hablaba el profesor, hablaba..., daba la explicación científica de los fenómenos naturales; mas ¡qué lejos de todo aquello de que se hablaba en los libros y en las cátedras se encontraba nuestro espíritu, absorto en la mañana luminosa! Sin embargo —nada de incomprensión entonces, nada de odio— ¡cuánto mejor que en cátedra se entendían las verdades científicas que escuchábamos! Y era grato oirlas y entenderlas, como si sonriese en ellas también la sonrisa que había en el agua, en el campo y en el cielo. Y aquella mañana aprendimos, además, para siempre, una verdad más profunda: y es que, cuando se siente un cierto temblor de infinitud, todas las cosas, hasta la ciencia, se convierten en sonrisa.

No os extrañe, pues, que yo venga hoy

aquí, no a hablaros de ciencia, sino a descubriros el secreto sentir de mi corazón, proponiéndoos un paseo amistoso bajo el sol. Aspiro a poder llamarme dignamente vuestro maestro, apareciendo ante vuestros ojos como un hombre; así, cuando nos aventuremos juntos por los campos del intelecto puro, me seguiréis con sosiego en el corazón, seguros de que por mucho que nos alejemos en aquel mundo de la claridad helada, sabremos volver a los campos ardorosos de la vida y de la emoción. Hoy no es un día como aquel de mi recuerdo juvenil, en que se sienta la profunda vibración de la vida nueva como algo divino y avasallador; un día como aquel en que el poeta Maragall hubiera dado un beso, si la encontrara en la calle, ante todo el mundo, a la niña novia que tenía en el mirar la primavera eterna. Ahora, según la admirable evocación de Luis de León, el campo recoge ya en el seno su hermosura, y el tiempo nos convida a

los estudios nobles. Pero también la juventud, como una novia, lleva en su seno la eterna primavera; y el sol de la fe, la esperanza y el amor humanos no se pone nunca en el cielo ilimitado del espíritu. No seríamos hombres si no llegara un día bueno en que, bajo este sol, sintiéramos la exuberancia interior que nos haga capaces de fe y de amor, de la prodigalidad lírica de nosotros mismos, de que digamos y escuchemos la voz desnuda de nuestro íntimo sentir.

JUVENTUD, DIVINO TESORO

NO habrá una hora mejor para que el hombre se pare a reflexionar sobre el sentido de las edades de la vida humana, que esta hora grave y melancólica que señala la mitad del camino de la vida.

Sólo entonces puede uno sentarse al borde del camino, como en lo más empinado de una cuesta, dominando a la vez la perspectiva de las dos vertientes; único momento en que el recuerdo de lo que no volverá y la esperanza de lo que no ha venido todavía, se funden e integran en un sentimiento único, que produce en nosotros un estado de ánimo de máxima fortaleza, comprensión y seguridad. El momento presente y el pedazo de tierra que pisamos con nuestros pies, encierran en sí todos los momentos pasados y venideros en su pleno sentido; porque en esta revisión y previsión fundidas e indivisas adquiere sentido nuestra propia vida. Tras los caminos trillados por donde hemos ascendido a la cumbre, se abren las posibilidades infinitas. Y el hombre, seguro y consciente de sí, toma su rumbo a veces a través de lo desconocido. Lleva ante sí la fe, pero le sigue la melancolía.

Tenemos la sensación de que algo irre-

parable acabamos de perder para siempre, en este momento en que hemos conquistado todo aquello adonde se dirigía nuestro esfuerzo de los años juveniles: cuando poseemos todo lo que en ellos nos faltaba. Y, sin embargo, no hemos perdido nada; porque nuestra juventud no era ni poseía nada definido y concreto. Era precisamente la indefinición, la inconcreción, la aspiración a todas las cosas, el movimiento inicial de todas las direcciones, la pura posibilidad. Nada acaece en la vida del joven tan importante y decisivo para él y para los demás como este simple hecho de ser joven, es decir, de no ser todavía.

Vive el joven hacia dentro cuando él cree que vive hacia fuera; su sensación de derramamiento en la vida corresponde a la realidad de que la vida le inunda. La vida le penetra por todos los poros: le informa, le crea; porque esta acción constante de la vida exterior despierta las débiles reacciones de su personalidad na-

ciente. Cuando la personalidad llega a ser algo definido y distinto, capaz de afirmarse frente a todo, su modo normal de ser y de vivir consiste en vivir hacia fuera, en salir de sí misma en una acción determinada sobre la vida exterior. En este momento, el valor de la vida del hombre se encuentra fuera, en aquellas cosas que son la extensión de su personalidad; en sus relaciones activas y fecundas con el mundo exterior, donde ha encontrado expresión el impulso genuino de su originalidad.

Adiós, entonces, ¡oh juventud, tesoro divino! Adiós el saltar superfluo de la fuente serrana, más ágil en cada cascada, más llena en cada remanso; que recibe de todas partes las aguas claras de los manantiales y la caricia suave del aire y de la luz. Has llegado ya, fuente serrana, humanidad juvenil, al ancho valle de las tierras sembraderas y de las casas con maquinarias, donde se levantan presas que te arrastrarán para deshacerte en polvo acuo-

so contra la rueda de los molinos, o te tenderán deshecha en barro sobre los surcos abiertos. Darás otros frutos que no tú misma: cada una de tus gotas se romperá para que ande un punto la piedra moledora, o se transfigurará en el verde lozano de la caña vibrante. No hay más camino para huir que el camino sin caminos del cielo: la misma fuerza interior que arrastra a sus hermanas por la pendiente, es la que hace ascender a aquellas otras que un rayo de sol ha traspasado con su fuego; aquellas que surcan el cielo en caprichosas y proteicas nubes, para en un vuelo rápido volver al seno de la tierra opaca. Si quieres vivir y vibrar un momento, gotita de agua clara de la serranía, has de tomar un cauce: el cauce del regadío, el cauce del molino, el camino abierto del cielo. Vivirás en un momento la eternidad, porque al morir darás vida a otra cosa. Y así tu muerte será una resurrección.

EL DESCUBRIMIENTO DEL MUNDO

SIN duda mucha parte de la melancolía que sentimos desde que la juventud nos abandona, nace de pensar que ya no veremos nada nuevo bajo el sol. Nada que no estuviera o no pudiera estar en nuestra previsión del mundo. Y, antes, cada día traía su milagro; la vida era una sorpresa constante; todo era nuevo bajo el sol.

Para el joven, como para el niño, cuanto le acaece, acaece por primera vez. El mundo es un presente divino que se goza sin más esfuerzo que abrir los ojos ante su hermosura siempre nueva. Los ámbitos del cielo y de la tierra están poblados de dioses propicios que velan eternamente sobre nuestra vigilia y nuestro sueño. Si nos quedamos dormidos al raso, no falta-

rán unas palomas misteriosas que cubrirán de ramaje nuestro cuerpo inerte, reservándonos, como a Horacio, para nuestros altos destinos. ¿Quién es tan desgraciado, siendo joven, que no tenga altos destinos que cumplir?

Todo era nuevo, en este viejo mundo, bajo el sol y los dioses propicios. El presente luminoso arrojaba impenetrable sombra de inconsciencia y de olvido sobre el pasado y sobre el porvenir. Quedaba excluída de nuestra emoción extática toda pregunta sobre nuestra significación y nuestro destino. Nos sentíamos vivir, y nos bastaba con eso.

Pero un día—que señala el principio de la juventud—se inició en nosotros el descubrimiento de nosotros mismos, la sensación del propio yo con sus propios límites; y en consecuencia, se desvaneció, como un sueño, la indiferencia del mundo. No viene ya todo de fuera. Las cosas huyen y se recogen, hoscas, en sí mismas. Y el vacío que

dejan en nosotros las cosas de que antes nos sentíamos llenos, es henchido por una ola de algo vago y desconocido, que brota de nuestra entraña y quiere derramarse sobre ellas. No las pedimos nada; no queremos sino salir de nosotros para darnos a ellas. Porque hemos comprendido bien entonces que sólo darnos, entregarnos, es vivir.

Al romperse la indiferencia del mundo y derramarse sobre él nuestro anhelo con los brazos tendidos, el mundo ha arrojado, como una máscara, la realidad única en que se nos ofrecía, y las cosas se han transfigurado. Bajo la sobrehaz en que antes se envolvían, ocultaban otra realidad secreta con que se nos entregan ahora cuando nos damos a ellas. Y hemos llegado así a comprender que cada cosa, todas las cosas, son insondables e inagotables, que hay otras luces además de la del sol que pueden iluminar el mundo. Y estas luces que descubren las realidades escondidas, se

encienden en el foco de nuestro corazón; son ellas mismas nuestra realidad, insondable e inagotable también.

Vivir ahora ya es buscarse en las cosas y buscar a las cosas en sí. Nosotros sin ellas, y ellas sin nosotros, carecemos de sentido. Cada hombre es un universo: con nosotros nace, en nosotros se crea y con nosotros muere un universo único, individual, impenetrable. Hay en cada uno de nosotros algo inalienable, que nada podría sustituir. Y conforme se nos revela el misterio del mundo, se nos revela también el misterio de nuestra individualidad. Cada día descubrimos un nuevo tesoro oculto en nuestras entrañas, cada noche vemos nuevas estrellas en nuestro cielo.

Puede acontecer que este descubrimiento del amor universal, como alma del mundo y de nosotros mismos, haya brotado de la chispa inicial del amor humano: desde aquel momento en que quedamos, sin saber por qué, suspensos y temblorosos,

ante unos ojos cándidos, reveladores de un abismo de misterio.

Pero, sea como quiera, no hay nada tan vago ni tan confuso como estos primeros pasos en la revelación del mundo interior y exterior: como esta iniciación en el amor. Lo que sabemos de las cosas, lo que sentimos de ellas, no es nada comparado con lo que sabremos y sentiremos después. Con el aprendizaje de los años llegaremos a una capacidad de sentir, de pensar y de obrar, insospechadas. No daríamos nada por volver a poseer aquellas cosas primeras, exhaustas ya de emoción; daríamos en cambio el alma al diablo por volver a vivir aquellos momentos, por volver a ser como éramos entonces. Todos cambiaríamos los goces intensos y complejos que el amor pueda hoy ofrecernos, por la emoción de aquella primera mirada, simple y atónita, de los ojos cándidos. Todos cambiaríamos nuestra ciencia del mundo y del hombre, por aquellas primeras verdades

elementales en que empezamos a entrever el orden y claridad del mundo; aquellos primeros conocimientos que a un hombre niño, como Walt Whitman, le produjeron tal emoción, que prefirió suspender allí sus estudios para pasarse la vida cantándolos en cantos extáticos. Nuestra emoción actual ante las más profundas y humanas obras de arte, la cambiaríamos por la emoción que nos produjeron aquellos versos o aquella novela que ahora no podríamos soportar. Y no es puerilidad, amigos míos, esto; no es que cualquiera tiempo pasado sea mejor. La calidad de aquellas emociones es realmente única e incomparable. Porque, cuando amamos por primera vez, es el amor a quien descubrimos para siempre; cuando leemos los primeros versos, descubrimos la poesía; cuando adquirimos el primer conocimiento, descubrimos la verdad. Mundos amplísimos e inagotables, a cuyas costas hemos tocado simplemente, sobre cuyo suelo hemos de sustentarnos y

vivir; mundos desconocidos, y por lo tanto, no gozados; pero en los cuales, cada paso que demos podrá proporcionarnos un conocimiento y una emoción cada vez más intensos o más nuevos, pero nunca ya otra hora como aquella de supremo estupor, en que surgió de la nada, ante nuestros ojos, la visión cercana de sus primeros árboles, y la promesa de aquella lejanía, a la que no se veía el fin.

LA ORIENTACIÓN PURA

LA juventud, balbuciente y aturdida, no sabe decirse lo que quiere, apenas sabe querer. Confusa ante la muchedumbre de los caminos, ante las voces amables que de todas partes la llaman, ante la variedad de los ejemplos seductores, marcha, como en ensueños, sin saber donde

va, con paso vacilante e inseguro. Y el alma juvenil, que se siente confusamente arrastrada a entregarse a todas las cosas, siente también una fuerza interior que le impele a adueñarse de ellas.

Estas dos propensiones contradictorias son las que engendran y regulan todas las acciones y reacciones de la vida juvenil; las que producen el entrecruzamiento de la individualidad y el mundo exterior, que determina el nacimiento y desarrollo de una personalidad humana. A ella se llega mediante el nacimiento y desarrollo del sentido de la propia orientación.

Llamo yo orientación pura, aquella que busca el oriente mismo, el punto ideal que da sentido a todos los caminos y a todas las direcciones, sin previa exclusión de alguno, el sentido mismo de la vida humana.

Nadie se orienta en la quietud; para orientarse, hay que empezar a caminar sin saber hacia dónde, sólo con saber que se

camina hacia arriba, hacia puntos de más amplios horizontes. Y así el joven empieza a caminar por los caminos que encuentra al paso; sigue las sendas trilladas que se abren a sus pies. Sendas que ha abierto la huella de legiones humanas innumerables; que ahora mismo es cruzada, no por caminantes solitarios y abstraídos, sino por tropeles ruidosos, que estrechan los brazos apenas conocidos, y sueñan juntos el destino común. Y así son vividas esas sendas, como si se vivieran por primera vez.

Vive el joven, como nuevas, las vidas ajenas; todo aprendizaje es una repetición, es un volver a andar: volver a vivir, a saber, a sentir, en incesante renovación, lo que otros hombres han vivido, sabido y sentido. Y esta repetición puede considerarse propiamente como una recreación: la única forma de actividad posible a quien carece de personalidad, de originalidad; y el único camino para llegar

a descubrirlas y desarrollarlas. Sólo aprendiendo a ser otros, puede llegarse a ser uno mismo.

Sube siempre, pues, ¡oh juventud!, sin propósito fijo, sin saber adónde vas, sin espera de premio o de conquista. No te aferres a un camino que no es tuyo. Cuando descubras el oriente, verás que tu camino estaba en ti, y no fuera. En ti está tu sentido, tu dirección, tu posibilidad. Y el premio y la conquista de tu caminar serás tú mismo, la conciencia de tu porvenir, tu libertad. Pero has de marchar con el alma enteramente abierta, esponjada por el deseo, ablandada por el amor, para que no sea baldía tierra, sino tierra amorosa, dondo tu semilla en su día florezca y fructifique, y con ella las demás semillas que el mundo al paso deposite en ti.

LA ORIENTACIÓN IMPURA

PERO se oye decir: el hombre no llega a cerrar nunca el círculo de sus posibilidades; su vida es una orientación perpetua.

Hay una diferencia esencial en el sentido que podemos dar a esta frase, desde el momento que considerábamos como linde de las edades; aquel momento en que la personalidad plena se siente capaz para la acción fecunda, para la producción; cuando se vierte sobre las cosas, imprimiendo en ellas su sello; cuando crea los hijos de su carne y de su espíritu. Hasta entonces, el sentido de la vida gira en torno a la orientación; desde entonces, en torno a la acción personal, fatalmente limitada. Vivir el joven, es aspirar a serlo todo; vivir el hombre, es resignarse a ser uno definido y

concreto. Resignación: he aquí el fondo de toda religiosidad: aceptación confiada de la tragedia de nuestro destino. Fuera no hay más que la frivolidad o la desesperación, formas negativas ambas del espíritu religioso: único con que se puede encarar el problema de nuestro último destino.

Pasada la juventud, el seguir aspirando a serlo todo—generosa aspiración, al parecer—, denota tan sólo impotencia, y falta, más que sobra, de personalidad. La personalidad fuerte prefiere el dolor a la nada; y, arrostrando la dolorosa renunciación y limitación que la producción exige, se entrega a ella, poniendo en su limitada labor aliento de eternidad. Nuestra obra es nuestra virtud, nuestra eficacia, nuestra realidad; ella misma nos sustenta y da vida, porque ciertamente cada uno es hijo de sus obras. Sólo desde lo limitado y lo concreto tiene sentido humano la aspiración a la infinitud.

El que aspira a poseer todas las cien-

cias, no posee ninguna; porque lo que se llama cultura general, no sólo no es ciencia, sino que es la antítesis de la ciencia; pero si poseemos una ciencia, una parte la más pequeña de la ciencia, poseemos en ella el valor último y humano de la ciencia. El que aspira a amar a todas las mujeres amables, no ama a ninguna; porque el frívolo mariposeo del amor, no sólo no es amor, sino que es la antítesis del amor; pero si amamos a una mujer, sentiremos en nosotros la infinitud del amor humano. Poseemos la ciencia y la mujer cuando los convertimos en nosotros mismos, en carne de nuestra carne y espíritu de nuestro espíritu, en extensión de nuestra personalidad, en producción original: cuando tenemos hijos con ellas. Y acción y producción es limitación necesaria y fatal.

La orientación en la virilidad es, pues, el sentido de la propia y genuina limitación; la polarización de todos los elementos de nuestra conciencia y de nuestra ac-

tividad posibles sobre un punto, nuestra obra, que encerrará, no sólo lo que en nosotros haya de acabado y perfecto, sino que llevará en sí la radiación infinita e inagotable de nuestras aspiraciones. La orientación en la juventud es la dispersión por la vida multiforme y varia; el puro ensayo de todas las posibilidades; el proceso por el que se llega, a través de todo lo ajeno, al descubrimiento del propio yo.

DISCIPLINA Y REBELDÍA

DE esta distinción esencial nacen modos diferentes de valorar los actos individuales, según se trate de la juventud o de la edad madura. No pedimos a la flor las cualidades del fruto.

El valor de la juventud estriba en todo aquello que es promesa de una virilidad

fecunda. Y ya hemos visto cuál es el camino para llegar a esta meta. Ya sabemos que es inútil para los jóvenes el dicho evangélico: por sus frutos los conoceréis; sólo podríamos decir: por sus flores conoceréis sus frutos de mañana.

Si en un hombre su valor está en su acción, en un joven está en su orientación; pues sólo del mayor logro de ésta depende la eficacia y la virtud de aquélla.

Será, pues, una juventud plena la que haya realizado, de un modo más rico y más perfecto, el entrecruzamiento del mundo exterior y de la individualidad original que constituye una personalidad humana. A ella se llega mediante el equilibrio de las dos fuerzas radicales que determinan toda nuestra vitalidad: de una parte, la tendencia a dispersarse en el mundo ajeno, el anhelo de querer todas las cosas; de otra parte, la conciencia de la propia originalidad, el anhelo de querer ser uno mismo. La primera de estas fuerzas se traduce en

un sentimiento de amor, de admiración, de sumisión—un sentimiento de disciplina—, que mantiene nuestro espíritu abierto a todos los influjos exteriores. La segunda se traduce en un sentimiento de defensa o de acometividad—un sentimiento de rebeldía—, que aspira a afirmar la propia individualidad, a libertarse de las cosas dominadoras, dominándolas.

Disciplina y rebeldía son dos términos confusos de la lengua usual que se aplican a actos de muy inseguro valor y significación; pero en los cuales descubriríamos manifestaciones positivas o negativas, morales o inmorales, de cada una de las dos actitudes del espíritu en que se resuelve la vitalidad juvenil. Podrían, pues, elevarse—disciplina y rebeldía—a conceptos que recogieran los dos modos en que se descompone la actuación personal en esta edad de la formación del hombre: de una parte, la capacidad de recepción de los impulsos del mundo; y de otra parte,

la capacidad de reaccionar sobre ellos según los impulsos genuinos y distintos en que se anuncia nuestra individualidad. El grado de intensidad de estas capacidades y, sobre todo, la proporción entre ellas, determinan el grado diverso de humanidad que los jóvenes alcancen, el mayor o menor logro del desenvolvimiento de su personalidad. La falta de desarrollo de cualquiera de las dos, será la causa de la juventud abortada, que seguramente fué la de aquellos hombres que no han encontrado el sentido de su orientación; lo mismo los que vemos definitivamente desorientados, que los que creyeron orientarse demasiado pronto, y arrastran una vida al parecer segura y eficaz; extremos ambos que denotan falta de personalidad. No hay personalidad fuerte, sino tras una juventud al parecer pródiga y desperdigada, capaz de vivir intensamente el campo multiforme y variadísimo de la vida, con tal de que no se pierda un punto, no más que

un punto firme, un centro de gravitación, un sentido original de vivir la propia vida; menos todavía: un simple anhelo de vivirla por sí mismo.

Sin espíritu de disciplina, es decir, sin amor, sin admiración, sin sumisión y respeto a la ley de cada cosa, a la ley de todas las cosas, no hay espíritu de rebeldía, es decir, conciencia de la propia ley; hay sólo, con apariencia de tal, un castillo roqueño, sin puertas y ventanas, que encierra el aire podrido de la hostilidad, de la envidia y del rencor. Sin espíritu de rebeldía, en cambio, no hay disciplina; hay sólo, con apariencia de tal, la innoble sumisión a los poderes externos. Sólo puede uno sentir respeto hacia las demás cosas, cuando siente la demanda de respeto para sí mismo.

LOS PADRES Y LOS HIJOS

PERO hay entre nosotros y el mundo un elemento humano que es como la atmósfera en que mundo y nosotros estamos envueltos. De ella respiramos, en ella nos movemos, y sólo a su través las cosas son consistentes y visibles. Ella hace nuestros ojos a la visión; y si fuera posible que saliéramos de ella, quedaríamos enteramente ciegos.

Esta atmósfera es la cultura, la obra del humano espíritu, acumulada de generación en generación y trasmitida a través de una tradición eterna. El mundo que se abre ante los ojos humanos que le miran por primera vez, no es siempre el mismo; vemos el mundo de nuestros padres, que ya no es el de nuestros abuelos, y a nuestra visión será incorporada nuestra obra como

elemento nuevo que entregaremos a nuestros hijos.

El espíritu humano de que es depositaria la generación que nos ha engendrado, es nuestro padre, es el engendrador de nuestra visión del mundo y, con ella, de nuestra obra.

Recibimos el mundo a través de nuestros padres, de la generación toda que nos ha engendrado y a la que enlazamos con el porvenir; y, sin embargo, la formación de cada generación en el seno de la precedente, ofrece siempre un carácter de lucha y de combate. La lucha entre los padres y los hijos, entre los maestros y los discípulos, es algo que se da constantemente en la vida del hombre, es la forma normal de la convivencia de dos generaciones. Lo que hay de nuevo en el mundo que alienta por nacer, surge como reacción y protesta contra el mundo de donde nace; y lo que de viejo hay en éste, se defiende tercamente de morir. Y he aquí

cómo la disciplina reduce las nuevas creaciones a la tradición humana, y la rebeldía las hace posibles y las afirma para siempre incorporadas a la tradición.

En esta lucha noble y fecunda, sin la cual no habría progreso humano, se consume y apura lo que de inhumano hay en ambas generaciones combatientes. Es muy común que el padre y el maestro aspiren a formar a los jóvenes, como Dios al hombre en el paraíso, a su imagen y semejanza; y si aspiran, sin duda, a un progreso, a que el joven sea mejor que ellos, a lo que aspiran en realidad es a que el joven sea lo que ellos hubieran querido ser. No comprenden que el valor de un individuo o de una generación consiste en su originalidad, en ser distintos, en que sean como ellos quieren ser.

No podemos—padres y maestros—, en nuestras relaciones con la juventud, excitar ciegamente a la disciplina, sino en servicio de la rebeldía. Hemos de mantener rigu-

rosamente aquélla, para que ésta sea humana y fecunda. No estorbemos el logro de ésta con nuestra incomprensión, con nuestra falta de respeto a la personalidad ajena; respeto que nunca ha de ser tan exquisitamente observado como ante el espectáculo sagrado de una personalidad naciente.

Ante la nueva generación, cuyo valor está en la promesa que entraña de ensanchar nuestro mundo con nuevas iniciativas, de abrir nuevos caminos en el mundo de la actividad humana, no sólo hemos de sacrificar muchos de nuestros hábitos más arraigados, sino que hemos de hacer flexibles y tolerantes muchas de las normas más elevadas y más firmes de nuestro mundo moral. Pensemos que a ellos les toca ensayar un nuevo mundo más amplio y comprensivo que el nuestro, y que al ensayo no se le puede pedir la pureza y consistencia de la realización.

Tolerancia y amor para todo germen

de algo nuevo, para los ensayos vacilantes y confusos en que se anuncian realidades desconocidas. Con este espíritu debemos mirar a la juventud, que es el porvenir. Y el porvenir es la libertad.

No pongamos, con nuestro miedo, miedo en su corazón. El miedo es la muerte, la sensación que tenemos los hombres de que empezamos a morirnos. Y la fuerza de la juventud ha de ser la fe en la vida, la fe en sí mismos.

No busquemos subterfugios para engañarnos a nosotros mismos, ensayando el miedo, socapa de prudencia. Cuando no ya los poetas—espíritus perturbadores—sino los pedagogos—hombres de toda nuestra confianza—consideran a la vida como la gran madre educadora de los hombres, tratamos y trata la pedagogía de regular la vida, de dirigir los contactos de la juventud con ella, de administrar sabiamente su posibilidad vital. Pero la vida es, por fortuna o por desgracia, lo que no

cabe en nuestras cabezas, lo imprevisto, lo misterioso, lo espléndido de posibilidades y recursos, lo momentáneo y pasajero, lo que nunca es igual, lo que no es lógica, ni ética, ni estética. Si tuviéramos que vivir un segundo según nuestra conciencia cultural, nos disolveríamos súbitamente en la nada. La vida, cada momento que se vive, es un acto de fe, para el que no puede ayudar otra voluntad. Y el que quiera la vida así, que la tome, y el que no, que la deje.

¡Tolerancia y amor para la vida, madre del espíritu! Los caminos de la vida son muy otros que los de nuestras concepciones ideales. Al volver de noche a recogerse en casa, tras una correría bajo el cielo más puro, puede traer el joven la cabeza llena de ensueños, aunque traiga los pies manchados del barro del camino.

Pero, en este siglo de honda preocupación pedagógica, parece que nadie quiere limitar el campo de la receptividad juvenil.

Que conozca todas las doctrinas hasta que encuentre la que satisfaga a su inteligencia, libre para la elección: he aquí un axioma de la pedagogía moderna. Idéntico espíritu de libertad se ha llevado a los varios aspectos de la vida individual. Nadie cree, por ejemplo, lícito imponer el amor, sino que se recomienda el trato de las mujeres hasta hallar la elegida por nuestro corazón. Pero parece que hay en el fondo de estas normas la imposición de mantenerse reservadamente ante ellas—mujer o doctrina—sin entregarse a ninguna hasta tener plena conciencia de la elección. Yo creo, en efecto, que el aprendizaje de nuestra inteligencia consiste en una peregrinación de doctrina en doctrina, como el aprendizaje de nuestro corazón en una peregrinación de mujer en mujer. A través de los demás, ya lo he dicho y lo han dicho ciento antes que yo, se encuentra uno a sí mismo. Pero la verdad que busca nuestra inteligencia, y la mujer que busca nuestro

corazón, son arcas cerradas para quien no las ama, para quien no se entrega a ellas. No sé quién ha dicho que la verdad no es una prostituta que se entregue al primero que pase. Nadie puede decir que ha abandonado una doctrina sin haber creído en ella, ni una mujer sin haberla amado; es decir, sin un desgarramiento de sí mismo, sin una crisis íntima, llena de peligros y de posibilidades de renovación. Y estos momentos del riesgo máximo significan los mayores y más decisivos avances en la formación de nuestra personalidad; los momentos en que la sensación del vacío y de la muerte ha hecho surgir los profundos recursos de nuestra vitalidad. En estos momentos decisivos, yo no sé si la pedagogía puede ayudar a los hombres a salvarse; lo que sé es que sólo puede hacer esto estrictamente: ayudarlos, y que en rigor, nadie se salva si no es por su propio esfuerzo.

EL SUPREMO CONSUELO

SI con estas palabras, rudas y sinceras, he logrado esta noche avivar en vosotros la preocupación por vosotros mismos, he logrado cuanto me proponía. La responsabilidad de la propia vida no se puede delegar en nadie. Vividla vosotros según los impulsos más nobles de vuestro corazón; atentos siempre a la voz anunciadora del hombre que seréis mañana. Aprended a distinguirla bien entre los ecos que en vuestro interior resuenan de las voces ajenas, hasta que un día suene la vuestra clara y rotunda. Esperad sin prisa y sin descanso.

No tengáis prisa por adelantaros a vuestra obra, madrugando antes de que amanezca. Trabajad seriamente en el campo limitado de vuestro aprendizaje, escuela

de limitación; pero no cerréis la puerta por donde ha de entrar quien vendrá un día a revelaros vuestro destino: la puerta por donde penetra en nuestro espíritu el raudal misterioso de la vida.

Mucho de lo que hoy parezca perdido, será quizá ganado para la obra de mañana. Cuanto más os hayáis dispersado por el mundo de las cosas, más rica y más plena será la orientación de vuestra personalidad. No hay personalidad creadora ni obra valedera—ni siquiera en el orden puramente intelectual—sino sobre un substratum henchido de vida y de emoción. Elaborándolo ahora es como mejor serviréis a vuestra obra de mañana.

Y aun si un día llegaseis a dudar de ella—que no hay fe sin desconfianza—; aunque llegaseis a sentir la angustia de vuestro propio fracaso, no sentiríais el más grande y más hondo que puede sentir un hombre, que es el de no haber vivido.

En último extremo, cuando no quede en

un alma desolada nada que justifique la propia existencia, bastará el recuerdo de alguna hora de emoción ingenua en que se anunció nuestra virilidad como envuelta en un hálito divino, para encender una luz tenue de esperanza, y con ella el consuelo de haber nacido—como adivinó la honda penetración psicológica de Flaubert en el análisis más amargo que se ha hecho de la disolución de una personalidad.

Y en la última nivelación humana, cuando las voces individuales se oyen fundidas en los diversos ritmos de nuestras aspiraciones infinitas, podrá este hombre, excluído de todos los coros humanos, salvar su humanidad en uno, en el que se unifican todos, donde se dan la mano las vidas más humildes con las vidas más logradas; aquel en que resuena la voz religiosa eterna, que ha dicho, que dice y que dirá siempre: «Señor, te entrego mi vida, sangrante, clavada en una cruz. He vivido, he amado, he sufrido, y no sabía por qué. Pero he segui-

do fielmente los impulsos que tú pusiste en mi corazón. No sé lo que he ganado con mi esfuerzo; tú solo, Señor, sabes para qué te servimos, para qué te sirve nuestro dolor.»

PUBLICACIONES DE LA

RESIDENCIA DE ESTUDIANTES

Serie I. Cuadernos de trabajo:

Con estos cuadernos de investigación, quisiera la Residencia contribuir a la labor científica española.

1. El sacrificio de la misa, por gonzalo de berceo. Edición de *Antonio G. Solalinde*. (Publicado.) 1,50 ptas.
2. Constituciones baiulie mirabeti (1328). Edición de *Galo Sánchez*. (Publicado.) 1,50 ptas.
3. Un profesor español del siglo xvi: juan lorenzo palmireno, por *Miguel Artigas*.
4. Baquílides. Traducción del griego, por *Pedro Bosch y Gimpera*.
5. El renacimiento en españa. Introducción metódica, por *Federico de Onís*.

Serie II. Ensayos:

Componen esta serie trabajos originales que, aun versando sobre temas concretos de arte, historia, ética, literatura, etc., tienden a expresar una ideología de amplio interés, en forma cálida y personal.

1. Meditaciones del quijote. Meditación preliminar y Meditación primera, por *J. Ortega y Gasset*. (Publicado.) 3 ptas.
2. Al margen de los clásicos, por *Azorín*. (Publicado.) 3,50 ptas.
3. El protectorado francés en marruecos y sus enseñanzas para la acción española, por *Manuel Gonzáles Hontoria*. (Publicado.) 4 ptas.
4. El licenciado vidriera, visto por *Azorín*. (Publicado). 3 ptas.
5. Diccionario filosófico portátil, por *Eugenio d'Ors*.
6. La universidad española, por *Federico de Onís*.
7. El arte español, por *Manuel B. Cossío*.
8. Meditación del escorial, por *J. Ortega y Gasset*.
9. La edad de hierro, por *Luis de Zulueta*.
10. La epopeya castellana, por *Ramón Menéndez Pidal*.
11. El derecho internacional en la guerra grande, por *Gabriel Maura*.

12. MEDITACIONES DEL QUIJOTE. Meditación segunda y Meditación tercera, por *J. Ortega y Gasset*.

Y otros de la Condesa de Pardo Bazán, Miguel de Unamuno, Pío Baroja, Gabriel Alomar, N. Achúcarro, etc.

SERIE III. BIOGRAFÍAS:

Para promover viriles entusiasmos, nada como las vidas heroicas de hombres ilustres, exaltadas por espíritus gemelos. Esta serie consta de ejemplares biografías, cuya traducción se ha confiado a escritores competentes.

1. VIDA DE BEETHOVEN, por *Romain Rolland*. Traducción de *Juan Ramón Jiménez*. (Publicado.) 3 ptas.
2. VIDA DE MIGUEL ANGEL, por *Romain Rolland*. Traducción de *Juan Ramón Jiménez*.
3. VIDA DE TOLSTOY, por *Romain Rolland*. Traducción de *Juan Ramón Jiménez*.
4. VIDA DE NAPOLEÓN, por *Stendhal*. Traducción de *Antonio Machado*.
5. VIDA DE CARLOS XII, por *Voltaire*. Traducción de *E. Diez-Canedo*.

SERIE IV. VARIA:

La Residencia se propone perpetuar, con esta serie, la eficacia de toda manifestación espiritual (lecturas, jiras, conferencias, conmemoraciones), que impulse la nueva España hacia un ideal puro, abierto y definido.

1. DE LA AMISTAD Y DEL DIÁLOGO. Lectura dada en la Residencia de Estudiantes por *Eugenio d'Ors*. (Agotado.)
2. JEAN SÉBASTIEN BACH, AUTEUR COMIQUE. Conférence faite à la Residencia de Estudiantes par *M. André Pirro*. (Publicado.) 1,50 ptas.
3. APRENDIZAJE Y HEROÍSMO. Lectura dada en la Residencia de Estudiantes por *Eugenio d'Ors*. (Publicado.) 2 ptas.
4. FIESTA DE ARANJUEZ, EN HONOR DE AZORÍN. Discursos, poesías y cartas. (Publicado.) 1,50 ptas.
5. UN PUEBLECITO, por *Azorín*.
6. DISCIPLINA Y REBELDÍA. Lectura dada en la Residencia de Estudiantes, por *Federico de Onís*.

OBRAS PUBLICADAS

EL SACRIFICIO DE LA MISA

POR

GONZALO DE BERCEO

EDICIÓN DE

ANTONIO G. SOLALINDE

Precio: 1,50 ptas.

DE LA AMISTAD Y DEL DIÁLOGO

LECTURA DADA

EN LA RESIDENCIA DE ESTUDIANTES

POR

EUGENIO D'ORS

Agotada.

MEDITACIONES DEL QUIJOTE

POR

JOSÉ ORTEGA Y GASSET

MEDITACIÓN PRELIMINAR
MEDITACIÓN PRIMERA

Precio: 3 ptas.

JEAN SÉBASTIEN BACH, AUTEUR COMIQUE

CONFÉRENCE FAITE

A LA RESIDENCIA DE ESTUDIANTES

PAR

M. ANDRÉ PIRRO

Precio: 1,50 ptas.

CONSTITUCIONES BAIULIE MIRABETI

EDICIÓN DE

GALO SÁNCHEZ

Precio: 1,50 ptas.

EL LICENCIADO VIDRIERA

VISTO POR

AZORÍN

Precio: 3 ptas.

VIDA DE BEETHOVEN

POR

ROMAIN ROLLAND

TRADUCCIÓN DE

JUAN RAMÓN JIMÉNEZ

Precio: 3 ptas.

DISCIPLINA Y REBELDÍA

POR

FEDERICO DE ONÍS

Precio: 1 pta.

ESTE LIBRO
SE ACABÓ DE IMPRIMIR
EN LA IMPRENTA CLÁSICA ESPAÑOLA
DE MADRID
EL DÍA 5 DE NOVIEMBRE
DE 1915

PUBLICACIONES DE LA RESIDENCIA DE ESTUDIANTES: MADRID

ADMINISTRACIÓN

CALLE DEL PINAR

I PTA.